

# EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 12 de Noviembre de 1921.

Número 46.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## ¡Qué tiempos corren!

Preferiría cien veces aquellos en que las diferencias políticas llevaban aparejados los odios personales y hasta en las familias levantaban insuperables barreras. Caía cual sabía á qué atenerse respecto á sus adversarios y lo que debía esperar de sus amigos y afines.

El moderado lo era en todos los momentos y ocurrencias, al igual que el progresista y el carlista; y por esto, cuando un partido subía al Poder, sabíase de antemano lo que iba á hacer y deshacer, lo que permitiría y lo que restringiría.

¡Pero hoy! Hoy nadie sabe á qué atenerse. Desde que se han puesto en moda las palabras sensatas y cordura, y pasa por estadista el que más transige y por patriota el que abjura más veces de su pasado, se ignora lo que cada cual representa, y hasta qué punto puede confiarse en él.

La afirmación que se hace hoy se contradice mañana, porque la ciencia del perfecto político al uso consiste en moverse según las circunstancias y aguardar á que los sucesos se desarrollen por sí mismos. A esto se debe que los partidos den progresos en la oposición que no cumplen en el Gobierno, y que nada haya concreto ni definido en ninguno.

Por una palabra bien ó mal aplicada ó peor ó mejor entendida, se forman en todos disidencias que quebrantan la unidad de las fuerzas y despiertan ambiciones de jefatura que hacen más tarde imposible la reconciliación, pues todos quieren pactar de igual á igual.

Y como ya en este terreno todo se empequeñece, no hay entre los políticos odios que engendren salvadoras energías, sino benevolencias que se cobran en una ú otra forma; no se emplea en el combate la maza que aplasta, sino el alfiler que escuere; no se derriba el contrario pecho á pecho y apretando los riñones, sino apelando á la zancadilla.

Las palabras van perdiendo su significación verdadera. Sensatez significa transigencia cobarde; consecuencia, obcecación que impide hacerse cargo de la realidad; orden, quietismo suicida; religión, caer de rodillas ante el clero; y así todo.

También hay palabras que nadie consiente que le apliquen: la de perturbador, molesta; la de impío aterra; como si el perturbador no fuese el herald del revolucionario, representante de la idea de justicia, y el impío la protesta viva contra los absurdos que se imponen á la Humanidad para esclavizarla en nombre de un Dios incomprensible.

La coquetería política ha invadido el campo que antes ocupaba entero la virilidad; la convicción ha sido sustituida por la conveniencia; el afán de pasar por bien educado y comedido anula los nobles arranques de la indignación. Por esto, lo que se llama cortesía parlamentaria, respeto mutuo en la Prensa, relaciones cordiales entre los partidos, no son más que frases inventadas para ocultar la avaricia intelectual de los unos, la pequeñez de ánimo de los otros y la corrupción de muchos.

La tolerancia, que debería llamarse más propiamente escepticismo ó indiferencia, es la que nos ha traído al estado actual, en que las ideas no apasionan y todo es artificioso, falso... Ella hace que el pueblo se llame á engaño; que no crea en los hombres que se combaten en el Salón de Sesiones del Congreso y se abrazan en el de Conferencias; que tenga en poco á la Prensa; que juzgue que todo es farsa y mentira.

No es que yo aspire á que se llenen á cintarazos donde quiera que se encuentran los que piensan de diferente modo en política, aun cuando tal vez conviniere para el adelanto de la cirugía; pero sería preferible esto al acaramelamiento actual.

Si, en los tiempos en que los adversarios políticos no se saludaban siquiera, había fe, energía y vergüenza; hoy apenas existe nada de esto. Entonces

cada cual hacía sacrificios por su causa, se luchaba con tesón, se juzgaba la apostasía una infamia y la deshonra caía sobre el débil, el acomodaticio y el inmoral; mientras que hoy... Hoy es honrado el tráfugo, aplaudido el que se vende, disculpado el que se envilece; hoy se llama listo al que cambia de postura en provecho propio, y hombre de Estado al que salta de la República á la Monarquía.

Así no se sabe lo que cada uno quiere ni lo que puede esperarse de él; así nadie acude al llamamiento del honor, ni cumple su deber; y así la política, vida de las naciones, está convertida en negocio industrial ó comercial.

Los jóvenes nacen hoy llamando tontos ó fanáticos á los que rinden culto á sus convicciones, y á la edad de los entusiasmos generosos y los arranques valientes, calculan como tenderos y se prostituyen como rufianes.

Y todo esto, hay que repetirlo, débese á que la intransigencia política ha desaparecido, y en nombre de una cultura falsa se acostumbran los hombres á transigir con los que profesan ideas contrarias, cual si las ideas no influyesen en la manera de ser de cada uno cuando se profesan honradamente.

JOSÉ NAKENS

## Maquiavelismos mureianos

El enredo que ha armado Cierva con su proyecto de recompensas, es para satisfacer al más exigente. Yo confieso que á mí me va encantando este nuevo Don Juan con quien también va siempre el escándalo.

La gente se hace lengua de la oportunidad del ministro y de otras mil cualidades que le atribuyen y que yo no diré á causa del gran respeto que me merecen los lectores. Los pocos periódicos que se permiten tener una opinión en estos momentos, tratan de explicarse el caso como un episodio más de la maniobra ministerial para cerrar el Parlamento. Entienden que se quiere arrastrar á los hombres de la izquierda... (No te entusiasmes, lector optimista.) Que se quiere arrastrar á los hombres de la izquierda, iba diciendo, á una violenta actitud parlamentaria que justifique el cerrojazo. Pero ¿será eso todo?



Si la pretensión es esa ¿por qué Maura, cerrojista primero, está visiblemente en contra del proyecto de recompensa? Conviene no olvidar que el principal desalabrado, si el tal engendro se discute, va a ser el Alto Comisario de España en Marruecos; y que es notorio el menos que mediano arraigo que el general Berenguer tiene en eso que suele llamarse *altas esferas*. A lo mejor Cierva no se la iba perdiendo nada (en la primera crisis se vería) con que en la borrasca que ha de levantar la discusión de su proyecto famoso naufragase el Alto Comisario.

Ahora recuerdo otro detalle que abona esta malévolas suposición mía: al salir el miércoles del Palacio el Presidente del Consejo (escribo esto de «al salir de Palatio» con la más aviesas de las intenciones), dijo a los periodistas que él no se oponía a que se discutiese el proyecto de recompensas, «aunque había oído hablar del tema con disgusto». ¿Cómo un presidente del Consejo puede oír hablar de tema tan importante con disgusto, y sin embargo no oponerse? O mucho me engaño, ó aquí hay altos intereses patrióticos de esos que obligan a los ministros a hacer las cosas al revés las pocas veces que las ven al derecho.

Y en tanto las izquierdas dispuestas a hacer el papel que se les pida, bien sea el de señor sensato que se da cuenta de sus responsabilidades y su delicada misión, bien sea el de opositorista *feroce* al proyecto de recompensas; todo, por supuesto, sin descubrirle el juego a nadie. Lo que sentirán es no poder ahora servir al mismo tiempo a Maura y a Cierva. Las izquierdas tendrán que dividirse resueltamente: los mauristas a un lado y los ciervistas a otro.

## Las pequeñas miserias

El escarpate estaba lleno de blancos piñones, sin cáscara ni película, con cierto color rojizo tirando a tostado. Caí en la tentación y entré a comprar unos pocos.

—¿A cómo la libra?

El tendero, regordete, sucio, con blusa grisenta y reluciente calva, me mira de pies a cabeza.

—A dos pesetas.

—Entonces es algún residuo de aquellos que venían de Hamburgo.

—No, señor; son de Valladolid.

—Vamos, es que se los llevan a Melilla y escasean.

—No; es que todo se ha puesto muy caro, y, es claro, los pinos también han subido su fruto.

—¿De modo que usted cree que los pinos se han dado cuenta de la subida de las subvenciones?

—Los pinos, no; pero sus propietarios, sí. ¿Cuánto pongo?

—Media libra.

El tendero va echando los piñones uno a uno en la balanza, como el que pesa brillantes. El señor Mauricio, que así se llama, lleva cuarenta y siete años detrás del mostrador. Es dueño de cuatro tiendas y de una fábrica; solterón, casto por avaricia, por temperamento y por falta de tiempo. Le secundan en su tarea dos mozalbetes altos, delgados, con grandes ojeras, siempre faltos de sueño y de comida, á los que trata con aspereza y sequedad sumis. El señor Mauricio no ha puesto nunca los pies en un cine ni en un teatro. Los domingos y fiestas le llenan de angustia porque no sabe qué hacer: se limita a dar vueltas por el parque ó por el puerto y si llueve se toma una gaseosa en un bar poco concurrido y algo apático.

Cuan lo e te hombre pesa algo tiembala de emoción; siente un placer moriboso en quedarse con algo del peso legítimo, y entonces charla por los cosdos para que el cliente, alucinado con la palabrería, no se ríe en las balanzas. Mientras echa los piñones en el platillo yo no le quito ojo; cada vez que pone alguno, con un simulado que lo notaría un ciego, pega con el dedo pulgar en la balanza para que baje. No baja y ha de seguir poniendo piñones, y hay que ver el gesto de angustia, de forzada resignación que se dibuja en su cara abotarga la cada vez que ha de añadir un pelizco del sabroso fruto.

Por fin, baja la balanza al impulso de un fuerte golpe y, rápido como el rayo, retira el papel y me los entrega. Sus ojos se iluminan, la sonrisa aparece en sus labios cárdenos y guarda la peseta que le entrego, haciéndome mil zalemas.

Salgo de la tienda filosofando. He aquí un hombre que ha amontonado una fortuna, de la que no disfruta ni di frutará, á fuerza de *pequeñas miserias*, de raterías y fraudes minúsculos que, multiplicados año tras año, se han convertido en miles de duros, sin que la conciencia haya protestado, ni el presigio haya padecido quebranto. Decididamente el señor Mauricio es un genio.

FRAY GERUNDIO

## A todo hay quien gane

He aquí lo que me dice desde Sevilla un suscriptor:

«Creo ya estará usted enterado de lo ocurrido con motivo de la suscripción abierta por *El Liberal* de aquí, para regalar un acre plano al Ejército de Africa. Abierta á raíz del desastre, á la presente sólo hay recaudadas 1.600 pesetas y pico. ¿Qué le parece á usted, don José, el comportamiento de sus paisanos?

Para regalar mantas y coronas á las Vírgenes, en menos de quince ó veinte días se recaudaron millones de pesetas; para regalar el aeroplano, en cinco meses sólo va recaudado lo que he dicho.

Y luego hablarán de patriotismo, dan-

do vivas á España y al Ejército! ¡Habría que taparles la boca con una bola de las que fabrican los escarabajos!

Pensaba yo que ninguna población de cuantas abrieron suscripciones para regalar aeroplanos al Ejército, había quedado tan cochínamente como Madrid, y me encuentro con que la que tuvo la honra (?) de verme nacer le ha echado la pata en tacañería y farsa patriótica.

No pueden hacerse juicios temerarios.

## Las caricaturas

El mundo está lleno de conceptos falsos. La sociedad vive de falsas ideas. Por todas partes nos rodean la mentira y el error. Docimost lo esto á propósito de caricaturas.

No explicaremos.

La caricatura no existe. Esas innumerables y algunas veces graciosas *caricaturas* que vemos en libros y periódicos no son caricaturas, aunque lo parezcan. Esos *caricaturistas*, que han recogido lo y recogido al público, no son caricaturistas, aunque por costumbre les damos ese nombre. Sus artistas muy observadores, retratan, sí, las cosas que ven la realidad á través de los artificios más hipocritas.

Comprendo el error lo que queremos decir. No pretendemos ni remotamente que en la naturaleza, no es aparte nada ni nadie de los eternos tipos de belleza. Demasiado vemos cuántas exageraciones y cuán absurdas irrogaciones alejan la humana forma ó la desvían del ideal acoplado, de la convención universal. Muy lejos de eso, tan convencidos estamos de la existencia propia de las anomalías, que no las tenemos por ficción, sino por realidad.

La caricatura no existe en la acepción común de esa palabra. Sin tantas las caricaturas verdaderas, vivas y efímeras, que las tenemos por tales no son caricaturas.

En el mundo tiene realidad lo feo, lo deforme, lo grotesco; en lo físico y en lo moral encontramos lo ridículo; no sólo existen las deformidades, sino que lo regular constituye la excepción, y lo perfecto no existe. No es exacto, pues, que los caricaturistas hallen modelos por donde quiera que van, modelos vivos que comen, beben, pasan, duermen, pierden y nadan. Lo bello es un ideal. Si existe en la realidad, es siempre una excepción. Lo regular y correcto no abunda en ninguna parte. Pero son tan abundantes las caricaturas reales y vivientes, que no hay caricaturas.

El que quiera convencerse no tiene más que ir á un mitin popular, ó bien al Senado, y esto es mejor todavía, donde los abuelos de la patria generalmente calvos presentan al desnudo sus cabezas de pepino, denunciando su origen vegetal; serían inconsecuentes si no fueran tan proteccionistas... de la agricultura.

En un concurso de acreedores, en una reunión pública y en misa, vemos cabezas humanas que quisieran ellas parecer pepinos; las que no en punta como los pararrayos. En las recepciones palatinas y en las solemnidades académicas se encuentran cada milico, se ve cada lagarto y se tropieza con cada mastodonte, que no se le puede pedir más. En los tribunales de justicia predominan las marmotas; en el ejército, los elefantes, sin que falten ratones ni conejitos. En los plenarios, naturalmente, abundan los caballos.

Pero sobre todo, quien ponga en duda mi aserto, que se dé una vuelta por una de las escuelas de natividad. En ellas no todos aprenden á nadar, pero todos presentan similitudes sensibles con los animales marítimos y con las aves acuáticas.

Se cree generalmente que los caricaturistas son inventores de sus tipos extraños y fantásticos; se les tiene por creadores de sus



monstruos quiméricos; se les juzga coleccionadores de rarezas y de mamarrachos. Es un error.

Los artistas, ya sean pintores, dibujantes ó escritores, que al parecer exageran las imperfecciones físicas del hombre, las aberraciones de los caracteres ó las contradicciones y rarezas del corazón humano, distan mucho de ser lo que se supone. Se les tiene por Prometeos, haciéndoles usurpar el atributo de que son pobres escultores no son creadores, son copistas. Su mérito consiste en apropiarse lo que todos vemos, en reoír lo que existe en la naturaleza con visible realidad, en producir ilusión valiéndose del arte. Sin hábitos y acreditados prestidigitadores, que escarmentan en nuestras barbas y toman para sí lo que pudiera ser de todo el mundo, marcándolo con el sello de su personalidad por medio de un rasgo, de una línea ó una frase.

Desde hace mil años siglos nos están engañando los caricaturistas de la naturaleza, y cada día nos engañan con nuevas caricaturas, nuevas ó viejas, que ni son nuevas las figuras de hombre con un pico ó pájaro, ni los polichinelos pasarán de moda. ¡Cuántos de los que se ríen de no p y a y de su piramidal oreja descendiendo tal vez de un corcovado ó tendrán algún día famoseales nietos! Hemos visto jorobos, tuertos, bizcos, rengos, derrengados, y no solamente en las caricaturas. Sobran las deformidades y no todas moramente físicas.

Resumámoslo: lo que llamamos caricaturas no es más que la historia del cuerpo y del corazón humano. Esto afirmarlo parecerá sentencioso, pero no es paradjico. ¿Se me pide la prueba?

Desde el primer Adán hasta el último de los mongitos contemporáneos nuestros, todos han sido ó son caricaturas.

Desde el principio del mundo hasta la hora presente, los que se enfrentan se ponen como fieras, y el que enseña los dientes no es más que un jabalí. Por su parte los impasibles son pavos, sapos ó barros, según las circunstancias ó su temperamento.

Todos ó oradores, al dirigirse á un auditorio cualquiera, pueden comenzar diciendo: ¡amigos!

Acabáremos, diciendo á nuestros lectores: Adios, caricaturas!

NICOLÁS ESTÉVANEZ

## Propaganda ridícula

Un lector de EL MOTIN me envía desde Coria del Río una carta que por Correo ha recibido su esposa, con esta oración que copio al pie de la letra:

### ORACION

Señor mío: Jesucristo omnipotente tener piedad de nosotros y de mí por buena pasión y muerte ahora y siempre por los siglos de los siglos amen.

La persona que recibía esta oración tiene que copiarla 9 días seguidos y la mandará cada día a una población distinta siempre resando por el día que se reciba y a los 20 días recibirá una alegría inmensa mejorando su situación.

Una persona que nó lo hizo se le murió su madre.

Esta oración está recomendada por el señor Arzobispo dijo que él que esta oración recitara esta libre de todo peligro calamidades y suplicas que sea remitida el mismo día que se reciba sin poner el nombre de la persona que la manda.

La moda de enviar estas cartitas es vieja ya: hace más de veinte años que me mandaron una. Algún guasón indudablemente; ¡por que mire usted que oraciones a mí!

Aunque si bien se mira, eso ya no es oración, sino un ataque al sentido común, á la prosodia y á la ortografía.

Puede ser que á esa señoras le haya mandado también alguna amiga de mala sombra, sabiendo como el marido piensa.

Así es que con tomarlo á risa, cuestión resuelta.

## El sermón de soledad

A un pueblo (permítid que me deje el nombre olvidado), marchó un orador sagrado completamnte fané, con quien contrató por tanto (no importa la cantidad), el sermón de Soledad el día de Viernes Santo.

La gente, aunque no le importe tres cominos el sermón, siempre va á oír con fruición á un orador de la Corte.

Y siguiendo tal ejemplo, cuando el cura comenzaba su plática, ya se hallaba lleno de fieles el templo.

Ungido de santa unción, sin perder frase ni rípiro, el orador dió principio al estudio lo sermón,

y de su oscuro magín fueron saliendo, aunque abstrusas, unas frases muy confusas dichas en muy mal latín.

Ante el estulto marido que el cura vertía en balde, desde su silla el alcalde soltó un tremendo ronquido, lance que, aunque extraordinario no hizo un efecto profundo, pues fué mayor el segundo ronquido del secretario.

Tras diez minutos crueles de ideas y frases viejas vió el cura que por parejas se le marchaban los fieles y el hombre, ante situación tan tirante, muy sesudo achantose y como pudo le puso fin al sermón.

Y al ir á la sacristía, mientras el templo cruzaba vió que ya la iglesia estaba completamente vacía.

De regreso en la ciudad le hizo alguien, por vanidad, esta pregunta discreta:

—¿Fué el sermón de Soledad?

—¡Sí!... ¡De soledad... completall!

## CLEROMANIA

Se ven cosas muy raras en este mundo.

Hay quien ha nacido para estanquero, y se empeña, sin embargo, en que ha de inventar una máquina para hacer estera de cordellito y otra para rascarse la espalda sin ayuda de nadie.

Hay quien tiene una voz lindísima de tiple sfogato, y en vez de meterse á cantar de iglesia, coge los trastos y se va á la plaza del Puente de Vallecas á matar novillos.

Conozco á un sujeto que quiere ser tenor á toda costa, y se pasa el santo día de

Dios cantando zarzuelas, con perjuicio de su salud. En su deseo de sacar las notas agudas, el hombre hace esfuerzos inauditos, y el otro día se le rompió una vena del cuello al dar un sí natural y se le soltaron todos los botones del pantalón delante de unas señoras.

Ahora se dice que un simpático banderillero está á punto de abrazar el estado eclesiástico, sustituyendo por la corona la clásica coleta.

Siempre había tenido nuestro torero tendencias eclesiásticas, y se observaba que, al citar al toro para la suerte, decía con religioso acento, *Oremus*, y después le clavaba las banderillas en cualquier parte.

Jamás pasó el redondel sin saludar antes al *Buñolero* con las palabras del ángel: *Ave María*; y si tenía que hacer un quite, se santiguaba con una mano y con la otra echaba bendiciones á diestro y siniestro. Después extendía el brazo, diciendo fervorosamente: *—Dominus vobiscum.*

En su afición á las cosas sagradas, llamaba *acólitos* á los moscos sábicos y confesor al puñillero; para él, las banderillas eran hisopos, las picas cirios y el presidente pendón de cofradía ó manga parroquial.

Cuántas veces se le oía decir, dirigiéndose al cornúpeto: «¡Ania, embiste, presbítero! Y era que, al irle tan gordo y vestido de negro, creía estar en presencia de un cura párroco amigo suyo.

Poco á poco comenzó el banderillero á perder la afición á las tripas, monjongs y demás incentivos de la lidia, y ya no vió más que novenas, beatas, sacristanas y bonetes por todas partes.

—¿Vienes á hacer unas copas?—le decía un compañero de arte.

—No; voy á echar un Padrenuestro—contestaba él agarrándose al escapulario.

A la última corrida en que tomó parte asistió por compromiso. Su pensamiento estaba en la sacristía, y por querer poner un par segando á un berrendo del duque, por poco se le pone á un municipal que estaba en la barrera, sólo porque le oyó echar un taco.

A la vuelta de dos ó tres años, el diestro figuraba entre los más doctos canónicos ó entre los sufraganos más aplaudidos. Y será de ver cómo echó la bendición dando las tablas al feligrés ó quebrando en la cabeza á la devota.

Como por desgracia hay pocos curas en este país, todo lo que sea aumentar brazos para cultivar la viña del Señor y sacar almas del Purgatorio es siempre conveniente para el vecindario. ¡Cuántas veces anda uno buscando quien le diga una misa por dos pesetas, á ver si sale del Purgatorio algún amigo difunto, y no parece un clérigo disponible!

Siguiendo el santo ejemplo del joven taurino, muchos otros jóvenes se dedicaron á eclesiásticos, y dará gusto ver esas calles llenas de sombreros de teja.

Habrá quién sea corista y además sacerdote, porque todo puede hacerse compatible en este mundo, y no ha de faltar algún sujeto que por la mañana diga misa y por la noche cante peteneras en el café Imperial.

Por más que algunos digan lo contrario, hay mucha gente religiosa en este país y el número de presbíteros va aumentando de día en día. Yo tuve un amigo que era tenor cómico, y se escapó á Lima con un trapunte. Allí se les formó causa por escándalo público y por desaparición de un pañuelo de alfombra perteneciente á una pupilera.



Pues bien; el jueves me encontré al tenor cómico en la calle de Carrizas con traje tal, y al verme me dijo:

—Aquí me tienes otra vez en clase de lérido.

—No sabía una palabra.

—Pues sí; me he metido á esto porque se me acabó la voz y se me murió el tras punte.

—¿Cuánto lo sientol

—Si quieres algo, no tienes más que avisarme, y te dié las mismas á precios arreglados.

Nada tendrá de extraño que más adelante haya tenderos de comestibles que además sean preseliteros, y terdrán tienda y subrepeliz, todo en una pizza; de suerte que cuando nos haga falta alguno, diremos á la criada:

—Vete á la tienda del señor Juan, y que te dé una libra de velas y de paso que venga á confesar á la señorita.

LUIS TABOADA

## Pregunta contestada

¿De qué se alimentaban en el Paraíso los leones, tigres y demás nimaes carnívoros antes de pecar Adán, puesto que la muerte era desconocida en la Tierra? ¿Y las aves de rapiña? ¿Y los pájaros que como insectos? Y en los mares, ¿de que vivían los peces que hoy se engullen unos á otros? Y en...

—Pare usted, amigo, pare usted, que viene muy preguntón. Yo no puedo satisfacer su curiosidad, porque no creo en nada de eso. Como no cree usted. Ni nadie que incurra en la fatal manía de pensar.

Por otra parte, tengo aún que preocuparme casi á diario de lo que voy á comer yo, y no es cosa de perder el tiempo en averiguar de qué se alimentaban aquellos respetables carnívoros, que quizás hicieron mal en no almorzarse un día á Adán y á Eva. Así no hubiesen faltado al mandato de J-hová, condenándonos á sus descendientes á sufrir por los siglos de los siglos una indigestión de manzana.

Con que á otra parte con la pregunta.

## La fe es ciega

Los dependientes de confesores de X... sospechaban, y no sin razón, que los franciscanos de la localidad se dedicaban á introducir santamente todo el matute que pidían.

Ya se iban acordando de ver á aquellos descomanales abdoómenes que usaban sus paternidad, y más de una vez se había discutido el asunto en el fieltro.

—Te digo que esos dos frailes que pasan por aquí dos ó tres veces al día con esas bagrigasas tan disformes, nos la están pegando—decía uno de los vigilantes.

—Hombre, no—le replicaba un compañero—. Lo mismo las llevan á la ida que á la vuelta. Y eso es natural. Ya sabes que como comen bien, beben mejor y no trabajan, están gordos que es una hermosura.

—Podría ser... Sin embargo...

—¿Van á expónerse á que los cogiesen infraganti como matuteros? ¿Y el escándalo que se armaría en la población? No creo que se atrevan á tanto.

—Ese se atreven á todo. En fin, mañana saldremos de dudas. En cuanto los vea pasar, me voy tras de ellos y sabremos por qué frecuentan tanto las afueras.

Y, efectivamente, al otro día pasaron por el fieltro los dos reverendos con paso lento, cual si sus voluminosos paños les impidiesen andar.

Tras ellos, y á cierta distancia, se fué el escamón empleando. Signólos con precaución por desusados senderos, y notó que al llegar á un barranco donde ellos no ser vistos, cada padre sacó de debajo de los hábitos una enorme bota, llena de aire sin duda, porque al estrejarla con ambas manos quedó dando cuero con cuero.

A poco se presentó un muchacho, hijo de un ventero de las frmerías, que vertió en las botas de los padres descaza á el contenido de un pellejo de vino que conducía.

Hecha esta operación, los reverendos se colocaron el matute bajo las ropalandas, mientras el individuo que los esperaba se apresuró á volver á su puesto para esperar á los defraudadores.

—¿Se lleva algo, padres?—les preguntó en cuando se acercaron.

—El brev ario nada más, hermano.

—Es que me parece que están ustedes excoctivamente desarrollados.

—La gracia de Dios, hijo, que nutre más que los m jores menjar.

—Sin embargo, voy á ver si eso es natural ó sobrenatural—dijo, intentando registrar á uno.

—¿Cómo? Se atrevería usted á poner sus manos en un religioso de nuestro seráfico padre San Francisco?

—¿Qué escándalo!—exclamó una beata que por allí pasaba casualmente.

—Si ahora, vaya usted á fragar—le respondió el vigilante ya mal humorado—. Y ustedes no tengan ganas de perder el tiempo; paguen dobles derechos y en paz.

—Nosotros juramos por nuestra santa regla...

—¿Qué jurar ni perjurar?—replicó el dependiente lleno de ira—. ¿Quiere usted que le diga dónde lleva el vino? Ahí.

Y pinchando con precaución el onerpo del delito, abrió en su gajero en la bota por el que salió un sonar de chorro.

La susodicha beata empujó á dar gritos y salió en busca de la autoridad más inmediata dando de paso aviso del suceso á otras de su casa que estaban á la puerta de una iglesia próxima.

—¿Qué crimen más espantoso, hermanas mías! Los dependientes de consumos acaban de meter á un franciscano.

—¿Será posible?

—Alí en el fieltro está el pobrecito desangrándose. Vayan ustedes, vayan ustedes, mientras yo busco á los guardias.

Cuando estos se presentaron, el fieltro estaba rodeado por una cuadrilla de beatas, que pretendían nada menos que arrastrar á los dependientes.

Pué preciso que vieran vivo y sano al supuest difunto para que se tranquilizaran algún tanto.

Y aún hubo alguna que se retiró atribuyendo á milagro que viviese un hombre que había perdido tanta sangre como se vela por el snele.

Por algo se dice que la fe es ciega.

## CONSULTA EVACUADA

¿Puede un párroco negarse á enterrar el cadáver de un niño cuyo padre es pobre, si no le pagan por adelantado sus honorarios, sólo porque un amigo, compadecido de su miseria, le regaló una modesta caja para que el cadáver del angelito se enterrado decorosamente?

—Un cura tiene derecho para faltar á todo.

El que sea pobre debe renunciar á vanidades mundanas, como esa de que

los restos de aquella carne de su carne y aquellos huesos de sus huesos vayan recogiditos á la tierra.

Para ciertas gentes de Iglesia la pobreza no es lo que dijo Jesucristo: es un crimen.

Y llenaría un libro con razones por el estilo, si no se me hubiera ocurrido acudir hoy mismo al P pa en súplica de que se añada á la obra de misericordia que manda enterar á los muertos, estas dos palabras: *Por dinero*.

De esta manera se evitaban muchos disgustos y se pondría el precepto en consonancia con la realidad.

## AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Los amigos de Sintoña, 100 pesetas. Sarjuni, Madrid, 10; E. Alpuz, Huelva; 2; G. Moreno, Huelva; 4; S. Creción, Alamo; 20; J. Fanín, Oviedo; 44. Fel x Dmirso, 5; F. nando Piado, 5; Uno; 3; Mateo Rodríguez; 1; G. rzañ Nñ z, 1; José Caallero; 1; Tomás Mirina, 1; Domingo Peláez, 1; Julio Rodríguez, 1. Total 190 pesetas. (Tod s de Valladolid.)

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sevilla.—J. Pi hudo. Abonada su suscripción hasta fin de Mayo 1922

Belmonte.—F. Mir. I. I. á fin Diciembre 1922.

Constantina. Centro Republicano. I. I. á fin Diciembre 1922.

Vitigudino.—Luis Ortega. I. I. á fin Diciembre 1922.

Valladolid.—Ramiro Cepa. Id. á fin Agosto 1922

Córdoba.—Manuel Cejudo. Id. á fin Septiembre 1922.

Postrana.—Camillo Gumiel. I. I. á fin Septiembre 1922.

Huelva.—G. Moreno. I. I. á fin Diciembre 1922.

La Puebla.—Tomás Mur. Id. á fin Diciembre 1921.

Morón.—M. Plaza. Hecha la suscripción á fin Febrero 1922.

Oviedo.—J. Fandiño.—Id. á fin Diciembre 1922.

Alosno.—S. Cerrón. Id. á fin Diciembre 1922.

Montijo.—F. Zambrano. Recibido su giro de 2 70 Conforme.

Sevilla.—M. Ruiz. I. I. de 4. Conforme.

Santander. E. Garea. Id. de 7.20. Conforme.

Zaragoza.—V. Sarria. Id. de 75. Conforme

Alcañis.—F. Mir. Id. de 30. van libros Herrera.—F. Suarez. Id. de 5.50. Conforme.

Algeciras.—J. Trelles. Id. de 6. Conforme.

Jerez de los Caballeros.—J. Barbosa. Idem de 10.90. Conforme.

Alcazar.—José M. Escribano. Id. de 8.80. Conforme.

Valencia.—M. García. Recibido su giro de 54 pesetas. Abonadas las suscripciones.

## Milagros comentados

POR

JOSE NAKENS.—DOS pesetas.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.—Madrid.